

Don Salvador.—Cada uno en su casa y Dios en la de todos. Y, como dicen, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena..... Yo, gracias a mis dineros.....

Don Eleuterio (interrumpiéndole bruscamente).—¡Quién piensa en tus dineros ahora!...

Don Salvador.—Gracias a mis dineros puedo buscarme una buena compañía..... Soy viejo, pero no un carcamal, y he pensado..... ¿no os reíreis?...

Don Eleuterio.—¡Revienta luego! ¿Qué has pensado?

Doña Clara.—Alguna bobería.....

Don Salvador.—He pensado en casarme.

Doña Clara (persignándose con grandes aspavientos).— ¡Jesús, María y José!

Don Eleuterio.—¡En casarte!...

Don Salvador.—Como lo habeis oído.....

Clarica (riendo bulliciosamente).—¡Ay, tío Salvador; usted se ha vuelto bobo!... ¿Y con quién quiere casarse el abuelico?

(Don Salvador se estremece escuchando aquel fresco y lozano reír de su sobrina; túrbase un poco y prosigue.)

Don Salvador.—Me han dicho de una muy honesta y hacendosa moza de Alba de Tormes..... Bien la conocí: la de D. Artemio, la Teresa..... Arruinóse la familia, y piensan con mis dineros.....

Don Eleuterio (malhumorado).—¡No haces más que mentar tus dineros! ...

Don Salvador.—Todo hay que mentarlo. Y como la chica es buena y hermosota, porque en tocante a hermosura y bondad no hay más que pedir, yo...

Doña Clara (con acento solemne y grave).—Vamos a cuentas, hermano Salvador, ¿tú no comprendes que la Teresa no puede tenerte ley, que sólo codicia tus onzas para los sus padres, y que tú—ya que has mentado tus dineros, que no han debido mentarse—puedes colocarles en otras manos más merecedoras de ese bien?

Don Eleuterio.—¡Ay, Salvador, perdiste el juicio de pon fuerza! ¡Casorios a los tus años!.....

Clarica (riendo con su risa fresca).—¡Miren al buen mozo!

Don Salvador.—Vamos por partes y en despacio. No embrollaros ninguno y tener sentido. Yo soy dueño de mí y de todo lo mío, ¿estamos? Y tú, Clarica, no hagas burlas de un viejo, porque hay viejos más recios y más cumplidos que muchos jóvenes.....

(Clarica torna a reír, y torna a turbarse D. Salvador, aquella risa le cosquillea por las carnes.)

Doña Clara.—Dices bien, hermano Salvador; hay que tener juicio. Y porque muestres el tuyo te pregunto de nuevo si no fuera mejor elegir otra que no Teresa, para que a otra más merecedora fuesen tus dineros.....

Don Salvador.—Ahí quería yo ir a parar..... Y aquí está lo más pelliagudo..... Más que Teresa, mucho más, gústame otra..... Otra a la que, con mis dineros, daría yo mi inclinación..... Todo podía quedar en casa.....

(Se hace un silencio largo. D. Salvador mira ávidamente a garrida y apetitosa Clarica. D.^a Clara y D. Eleuterio lanzan con impaciencia miradas alternativas a Clarica y a D. Salvador. Clarica sigue jugando con la gata. Está linda de veras. Sus labios rojos y breves parecen una fresca herida bajo el negro brillante de los ojos. Su piel es tersa y blanquecina, y sus cabellos, ondulados y abundantes. Un poeta optimista, mirándola tan tímida y tan blanca, hubiérala comparado a una blanca y tímida paloma. Un poeta escéptico, advirtiendo con qué disimulado placer restregábase el pecho contra la piel lustrosa de la gata, hubiera adivinado en su alma perversos instintos felinos....)

D. Salvador (rompiendo a hablar fatigosamente).—Ya comprendereis por donde voy..... ES cosa que se advierte luego..... Si vosotros quisierais..... Si quisiera Clarica.....

D.^a Clara (encubriendo mal su regocijo).—Eso ella, hermano Salvador; preguntásele a ella, que en achaques del corazón no deben entrometerse los padres.....

D. Eleuterio.—En cosa de tanta delicadeza los padres no deben entrometerse.....

(D. Eleuterio, como D.^a Clara, no saben disimular su gesto de felicidad y de avaricia. Ambos piensan en las arcas repletas de onzas, y hacen con los ojos señas a Clarica, como invitándola a que acepte. La moza reflexiona un momento. Luego sonríe. Ha pensado que el viejo no puede vivir mucho y que otras primaveras la traerán otros amores en otros corazones mozos...)

Don Salvador.—Vamos, sobrina, decídetes.... Tú no tienes cortejo ni compromiso... Yo soy rico y te he querido siempre..... ¿Qué me dices?...

Doña Clara.—Eso es, ¿tú, qué dices?

Don Eleuterio. ¿Qué dices a tu tío Salvador?

Clarica.—Si ustedes son gustosos..... yo también seré gustosa.....

Don Salvador (levantándose y dando a Clarica un beso en la frente).—Ya verás, sobrina, qué vida tan amable. Yo, al acrecentamiento del caudal, y tú, al cuidado de la casa.....

(Se hace otro largo silencio. Doña Clara abre el balcón de par en par, y acódase en la barandilla para respirar a sus anchas. Entra riendo el sol y suenan las canciones de unos niños que cantan en la calle. Los árboles de la plaza cercana despiden un aroma sensual. Parece que ha entrado, de golpe, una robusta bocanada de vida..... Doña Clara muestra en el semblante satisfacción intensa. No la preocupa haber sacrificado a su hija moza al amor senil de su cuñado, el sacristán. Don Salvador es feliz, aunque tal vez sospecha del desamor de Clarica. Don Eleuterio siéntese dichoso. Clarica resignase al presente; mientras se confía al porvenir..... Todos están contentos y tranquilos, porque si algo impreciso—algo que es como el jugoso sentido de la vida—han estrangulado en sus corazones, es verdad también que, a la postre, háñse salvado unas onzas de oro.....)

ALBERTO VALERO MARTÍN